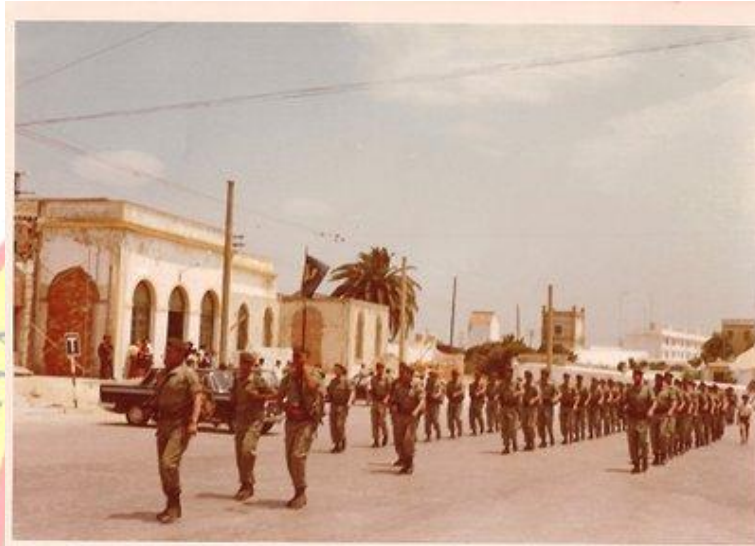




ADVERTENCIA: esta historia no es para mayor gloria de la UOE y su fundador, sino para que os solidaricéis conmigo y con todas las mujeres de Boinas Verdes, pasadas, presentes y futuras, en especial las primeras que tuvieron que soportar el germen de la que hoy es la Unidad más prestigiosa de la Armada



Desfile por las calles de San Fernando (Cádiz)

Ante la noticia de que la Ministra de Defensa ha tomado la decisión de enviar la fragata Victoria a combatir a los piratas de Somalia, con la Unidad de Operaciones Especiales de Infantería de Marina embarcada en ella, me dije a mi misma: ¡esta es la mía!. Ahora voy a hablar yo que tan calladita me he mantenido durante cuarenta y dos años.

Y hablo, vaya si hablo. Puede que lo tenga que hacer en dos post para no aburrir al personal con la extensión de todo lo que tengo que contar.

Uno de los tópicos más frecuentes es el de "Parece que fue ayer", pero en este caso es que FUE AYER. Los veranos en San Fernando (Cádiz) eran un grato privilegio. Prácticamente la vida familiar se desarrollaba en la playa. El Tercio Sur, hoy Tercio de Armada, instalaba todos los años una caseta de rayas rojas y blancas, más tarde el rojo se sustituyó por el verde, para los oficiales y sus familias. Por aquellos años Torregorda, así se llamaba la playa propiedad de la Marina donde también se encontraba el polígono de tiro Janer-, era un pequeño hervidero de niños pequeños pertenecientes a pocas familias. Aparecíamos en ella a la hora del almuerzo que realizábamos en un espacio entoldado, situado en lo alto del malecón, donde éramos atendidos, a módico precio, por un contratado que servía unas succulentas comidas sencillas y veraniegas. Y nos despedíamos del mar, niños cenados y duchados, al anochecer cuando el sol desaparecía por el horizonte y mi madre exclamaba indefectiblemente un día y otro: "Puestas de sol como éstas en ningún sitio", habiendo nacido ella en la Bahía de Santander.

Terminado el almuerzo, niños y mayores, nos adentrábamos en el agua sin guardar el tiempo de digestión requerido. Nunca hubo percance alguno en ese sentido en ninguno de nosotros.



Al primer baño se sucedían nuestras marchas a lo largo de la playa hasta Puerta Tierra, casi en la unión con el mismo Cádiz, para realizar todos allí las tablas de gimnasia, a las que se unían tíos, amigos y abuela que todos los veranos pasaban algunos días con nosotros.



Una de las pequeñas muestras que aún conservo

Agotados del esfuerzo atlético, los pequeños caían rendidos en la arena finísima de la playa y yo les dejaba retozar a su antojo. Era ese el único momento de esparcimiento y conversación para la unidad familiar. Momento que, un 30 ó 31 de agosto de hace cuarenta y dos años, el cabeza de familia aprovechó para hacerme una estremecedora confidencia. Apenas hacía dos días de su regreso de Jaca, donde había realizado, durante once meses, el CURSO DE GUERRILLEROS familiarmente conocido por BOINAS VERDES y oficialmente como CURSO DE MANDOS DE UNIDADES DE OPERACIONES ESPECIALES. Era el décimo que se realizaba para el Ejército de Tierra y el primero para Oficiales de la Armada, al que sólo se presentaron dos tras superar unas pruebas muy selectivas. No pude acompañarle a dicho curso por necesidades de mi servicio al hogar y a los hijos. Tres ya en tierra y el cuarto en avanzado estado de salida. Las condiciones en la Jaca de entonces no eran propicias para establecer en ella una familia.

En aquellos agotadores once meses, agotadores para él por las pruebas y los ejercicios a que se les sometía y duros para mí por la separación, el nuevo embarazo y los tres niños con las exigencias propias de cada uno, a las que tenía que dar cobijo en esa doble función de padre y madre, cuidado materno y autoridad paterna. Los dos envueltos en grandes dosis de cariño y paciencia.

El curso constaba de diversas fases: Topografía, Supervivencia (no quiero detallar a lo que eran sometidos, en cuanto alimentos, por no herir la sensibilidad estomacal de los lectores), Tiro, Combate cuerpo a cuerpo, Artes Marciales, Información y Guerrillas, Buceo y Paracaidismo.

Únicamente pudimos pasar juntos las vacaciones de Navidad y una semana en Alcantarilla cuando Julio, en la fase de Paracaidismo realizaría su primer salto. Ahí sí tenía que estar yo presente, costase lo que costase. Pasando por Madrid confíe a mi madre la mayor de los tres, Begoña y con los otros dos, María y Julio, que no había cumplido aún los dos años, nos instalamos en una pensión del pueblo. Precisamente



se encontraba en ella Juan Ortuño del Ejército de Tierra y su mujer. Más tarde sería él Teniente General al mando de las tropas españolas en la OTAN.

Al llegar el día D y la hora H programados para dicho salto y cuando ya nos dirigíamos al terreno donde descenderían de los aviones, Julito, niño precioso de cabellos albinos, tranquilo, pacífico, lo que se dice en todo opuesto a sus hermanas. Tanto es así que, en mi incultura materna, pensaba que los dos remolinos que tenía por hijas era lo normal y quedé preocupada con la llegada del tercero por su acendrado pacifismo. Agobiado traía al pediatra con mis inquietudes de si tendría alguna deficiencia notoria. Inquietud que se fue solucionando con la llegada del resto. Julito en el momento más crucial de la vida de su padre decide evacuar sus necesidades intestinales, de forma escandalosa y terriblemente olorosa, en aquellos horrendos pañales de felpa que nada empapaban ni absorbían. Instante dramático aquel. Su padre en plena efervescencia nerviosa por el anhelado y temido salto, el niño llorando y yo también. La mujer de Ortuño dispuesta a perderse el salto de su marido para ayudarme en la tarea higiénica, Algo que por supuesto, no podía consentir. No recuerdo los minutos que faltarían para la hazaña de mi marido, pero debían ser mínimos. Julio me acompañó a los aseos y le obligué a abandonarnos para que se incorporase a sus compañeros que ya se encontraban embarcando en el avión.

Como los hados del destino debían tener ya previsto, perdí ese momento estelar del que meses más tarde sería el fundador de la Unidad de Operaciones Especiales de la Infantería de Marina. Eso sí, el salto fue de película, según me contaron. Clavadito en el punto fijo y de pie, como él se había programado así mismo. Precisión que siguió fomentando a lo largo de los veintiséis años que estuvo revalidando esa especialidad de paracaidismo. ¿Suponía algo que la columna sufriese consecuencias negativas? ¿Suponía algo que, pasados los años tuviera que someterse a una durísima operación de una fractura en el pie nunca antes detectada? Nada, como en otras muchas ocasiones, nada era comparable a la consecución de sus objetivos. Y la secuencia del salto, como si el episodio de mi pequeño no hubiera sucedido, llegué a contemplarla a la perfección, a través de su intenso relato, pleno de sensaciones, precisión, sentimientos y temores... Porque sí, la emoción de un salto en paracaídas no sería completa si no llevase también aparejada esa otra del ineludible temor.



Esta foto ha dado la vuelta al mundo en ochenta revistas del tema militar.



Parece que fue ayer y vuelvo a contemplar aquella fina arena gaditana en la que gustosamente se rebozaban mis críos.



De improviso, como el que dice: "que bien está el mar hoy", se arranca Julio con un anuncio sorprendente y altamente arriesgado:

- Voy a fundar la Unidad de Operaciones Especiales de la Armada, o lo que es lo mismo Boinas Verdes de Infantería de Marina.

Lo dicho dicho estaba, ni el ruido de las olas, ni el griterío de los niños pudo ocultar semejante disparate. Pero no, no era un disparate. Me eché a temblar porque, en seis años de matrimonio, tenía comprobado que una idea en la mente de mi marido era ya un hecho consumado. Con aquella manía suya de pasar por mi cabeza, antes de realizarlos, todos sus proyectos militares, pero no para someterlos a mi juicio, sino para recibir un visto bueno afirmativo y seguro, tuve que escuchar atónita sus explicaciones.

Planificado todo al mínimo detalle: de dónde saldrían los voluntarios, forma de seleccionarlos, material preciso, lugares de preparación, uniformes, boinas verdes... Por cierto, para la adquisición de éstas hubo que trasladarse a Zaragoza y comprarlas con dinero de bolsillo de los propios interesados. Imposible me resulta ahora relatar los pormenores que, entre agua, arena y sol me confié. Sí recuerdo que le interrumpí únicamente para preguntar:

- ¿Has consultado ya con el Coronel Galinsoga?
- No, mañana lo haré.

Todo proyectado en su cabeza y los Jefes en la más pura ignorancia. A continuación la versión suya de aquella entrevista:

- A sus órdenes mi Coronel.

Y antes de que Galinsoga termine de comunicarle la compañía a que le va a destinar, a bocajarro dice:

- Perdone, mi coronel, quiero fundar la Unidad de Operaciones Especiales.
- ¿No serán los Boinas verdes, llamados Comandos.
- Sí, mi Coronel.

El coronel mira su reloj y alega:

- Capitán, tiene usted dos minutos para intentar convencerme.

¡Dos minutos!, pensé yo cuando me lo contaba, le sobraba uno para ganar su primera batalla.

Así gestó la Armada española el germen de la Unidad con más prestigio que tiene hoy la Infantería de Marina de nuestro país y que desgraciadamente, con la nueva estructuración militar, cuando sea aplicada perderá su independencia al ser absorbida por la creación de la llamada Unidad de Guerra Naval Especial, integrada por un setenta por ciento de Boinas Verdes y un treinta por ciento de la Unidad de Buceadores. Y bajo el mando supremo del Almirante de la Flota.

Motivo este que, en parte, me ha movido a relatar los comienzos de esta Unidad a la que entregué yo un marido, de cuya presencia en adelante sólo disfrutaría, en los mejores años de mi juventud, diez días al mes.



Inmediatamente toda una vorágine de acontecimientos, desbordaron las expectativas de oficiales y soldados. Llovían los voluntarios para la nueva empresa aunque no todos estaban capacitados para ello. Aquellos soldados que servían de manera obligatoria a la Patria y sin las nóminas con que hoy, época de crisis y paro, se les atrae a la Milicia, sin percatarse de que se está creando un auténtico Ejército de mercenarios, sin vocación ni arraigo patrio. Aquellos, los de entonces, ponían todo el corazón y todas sus capacidades al servicio de la Patria y la Milicia, engrandeciéndola con su entrega.

Cómo aquel cabo Billy, de imborrable recuerdo, que al enseñar a los soldados, recién integrados, el concepto formal de la Bandera y lo que ella simbolizaba, después de definiciones formales y certeras terminaba enardecido exclamando:

- Soldados, la Bandera..., la Bandera... ¡es la leche!

Y aquello sí lo entendían todos. Aprendían rápido y con avidez.

O aquel otro al que llamaban Pitoutas, que al amanecer de cada día, se lo encontraban en los campamentos fuera de la tienda, haciendo pases de toreo con un capote imaginario y extrañas palabras. Al preguntarle el oficial el motivo de semejante comienzo mañanero en andaluz cerrado respondió:

- Mi oficial ez que zoy banderillero y eztoy brindándole ezte día al Zeñó...

No temían al riesgo ni a la dureza de los entrenamientos. Aquellas marchas nocturnas llamadas del fango porque impregnados en él, no se desprendían de su olor en horas de enjabonamiento y restrego. Y de cuyas marcas hasta las paredes de mi hogar fueron testigos. Las comidas de supervivencia con hierbas y lagartos de gran tamaño, exquisitamente cocinados por el especialista de turno. Menú que no fue sometido a variación ni el día en que el propio Coronel hizo acto de presencia en uno de los campamentos, para comprobar si aquella locura por él autorizada presentaba visos de salir adelante.

- Exquisito este conejo.
- Mi coronel ha comido usted lagarto.

Cuando alguna vez los contemplaba saltando en marcha desde aquellos camiones viejos y desvencijados, yo rezaba por ellos. Al llegar la hora de sus primeros rappels desde helicópteros, sin los arneses con que hoy se les dota, toallas y toallas terminaban en jirones al protegerse los hombros, por donde hacían pasar la cuerda, para no despellejarse vivos.

Sin medios, soportando las bromitas de algunos, las impertinencias y los enfrentamientos de otros, la Unidad salió adelante bajo el lema, aun mantenido y creado por su fundador de SOY CAPAZ.



He de reconocer que fueron unos bonitos comienzos, en los que yo también disfrutaba viéndoles crecer, cuando los veía claro, Con su jefe al frente entregado de por vida a una misión de la que todavía hoy no es capaz de desprenderse (SOY CAPAZ). Por ello preside honoríficamente una Asociación de Veteranos de la U.O.E., llamada 5 estol, <http://www.ue5estol.es/> con una sección de jóvenes, chicos y chicas desde los catorce años, con posible vocación militar, a los que se les forma y dirige en todos los aspectos, incluso el religioso si son voluntarios para el mismo.

No tardaría en comenzar para ellos la acción. En abril de 1967 realizan ejercicios conjuntos con los comandos franceses, embarcados en el portaviones Clemenceau, saltando en paracaídas desde los aviones, en una operación denominada Atlantide 67.



Y sin estar aun reconocida oficialmente la Unidad, algo que no sucedería hasta el 1 de Enero de 1970, el 7 de marzo del año 1969 fueron llamados a participar en la repatriación de los ciudadanos españoles que se encontraban en Guinea Ecuatorial, cuando Macías, que se había formado militarmente en la Academia General Militar de Zaragoza, se sublevó declarándose independiente.

La Unidad de Operaciones Especiales participaba en otras maniobras conjuntas con el Grupo Fusileros de Marina Francés conocido como Groufumaco en las Islas Canarias. Su misión consistía en **descender en paracaídas de noche en la playa**, para balizar o marcar donde desembarcaría la Infantería de Marina de los buques Aragón y Castilla. Aquella noche la lluvia caía de manera inusual en la zona. Asegurando los lugareños que era ese el único día al año de agua abundante en Fuerteventura. Riesgo añadido a la nocturnidad y descenso.

Finalizadas las maniobras y, mientras se encontraban en una recepción, se recibe la orden ministerial de que la Unidad embarque en el Canarias con destino a Guinea, como avanzadilla al Batallón de Desembarco que se encontraba en el Aragón y Castilla. El crucero Canarias partiría como buque corsario sin bandera para no ser reconocido, hacia las costas africanas. Esta operación no concluiría hasta el mes de mayo de dicho año.

Las familias ignorábamos su destino y sólo un mes y medio más tarde recibíamos un telegrama oficial comunicando que nuestros maridos se encontraban en perfecto estado en una misión importante. Telegrama que conservo algo deteriorado.



Otra imagen de la playa de San Fernando, con la primera, sexta y séptima de mis hijas, Begoña, Raquel y Esther

El regreso de Guinea, tres meses después de su marcha fue apoteósico. En el buque Aragón se repatrió a la Guardia Civil y un grupo de religiosas de Fernando Po. El resto regresaría en los otros dos barcos. Cuando acudimos al puerto de Cádiz, para recibirlos mis ojos no podían dar crédito a lo que descendía del barco, no sólo por aquel capitán barbudo y bigotudo al que no reconocía como mi marido, al que la barba y el bigote no le durarían ni veinticuatro horas, (no por nada, simplemente por cuestión de gustos) sino por el parque zoológico instalado en el Aragón que desde tierra vislumbrábamos todos los presentes: cacatúas, loros, monos y demás especies tropicales agenciadas por los Boinas Verdes. En el reparto, a mis entusiasmados hijos les tocó una chimpancé monísima, nunca mejor dicho, bautizada como Mirinda, un



cráneo de gorila y lo único práctico del paquete, un ventilador de aspas que refrescaría los calurosos días de viento de Levante que solía azotar los veranos de La Isla, nombre por el que también se conoce a San Fernando.



En la foto superior, el cabo primero Jimeno Blanco con Mininga, quien se hizo cargo de ella cuando, harta de que alterase el orden que en solitario había logrado imponer en todos los elementos, humanos y materiales de mi hogar, la regalé como mascota a la UOE, con gran dolor y llanto de mis hijos. Fue uniformada de Boina verde para alguno de los desfiles por la ciudad. La pobre Mininga terminó afectada de la cabeza, nada de extrañar después de algunos meses de convivencia con los intrépidos guerrilleros españoles. Y terminó sus días en el zoológico de Jerez.

Cuando no se había cumplido el mes de su estancia a mi lado y al de sus hijos, los Boínas verdes que continuaban sin ser reconocidos, son llamados a una nueva operación, la recesión de Sidi Ifni. Como es lógico del desarrollo militar de estas operaciones no cuento nada porque no es cosa mía. La operación se bautizó con el nombre de Tabaiba y la entrega al Sultán marroquí de aquel territorio por fortuna sólo duró veinte días del mes de junio.

La actividad fue constante. Como ya anticipé en la primera parte de este serial, marido y mujer nos reconocíamos unos diez días al mes. Para no extenderme más sólo quiero añadir que mi visión como sufrida mujer del fundador de la Unidad de Operaciones Especiales de Infantería de Marina, es la de que él supo dar un paso adelante cuando sintió esa imperiosa llamada, sin cálculo alguno de lo que tendría que entregar a cambio. Y yo un paso hacia atrás para no estorbar. Nunca me arrepentí de ello porque en el matrimonio si quieres ser feliz, primero tienes que hacer feliz al otro. Tengo la certeza de que mi marido nunca hubiera sido feliz si yo me interpongo. Además se trataba de la Milicia, se trataba de España.



Siempre ocuparon el primer lugar en su pensamiento sus hombres, oficiales, suboficiales y soldados. Volcándose, frente a todos para lograr lo mejor para cada uno de ellos, tanto en el terreno militar como en el personal. Se desvivía en una vigilancia constante con el fin de evitar accidentes o malos tratos. Lo consiguió y testigos hay por esos mundos, donde a veces nos los encontramos, de lo que digo. Sólo una vez tuvieron un accidente desgraciado con el lanzamiento de una granada que le explotó en la mano al cabo segundo Castro Molina, con la pérdida de dos dedos de la mano derecha y de refilón destrozó el pantalón de su jefe, con el consiguiente sobresalto para mí. Castro fue ascendido a Sargento Honorífico del Cuerpo de Mutilados por la Patria, hoy extinguido.

Como sucede con la mayoría de las cosas altruistas de la vida, poco reconocimiento de méritos, por parte de los superiores salvo honrosas excepciones, se han recibido. El cariño y la devoción con que le recuerdan y nombran todos los que pasaron por sus manos es la mejor de las recompensas. Alguien me dijo una vez que los informes de los militares deberían ser formulados por sus inferiores y no por sus superiores. Y tenía razón.

Puede que alguno, de los que me lea, piense que en la elaboración de este post ha tenido que ayudarme el propio fundador; error que no quiero que nadie cometa ya que estos recuerdos vividos a presión, con fechas incluidas, soy yo la que, desde que supe que podría competir con cualquier mujer del mundo que se interpusiera entre nosotros, pero nunca lo lograría con la U.O.E, los ha ido archivando con sumo cuidado y cariño para transmitirlos a mis descendientes, sin pensar por lo más remoto que un día serían publicados en este invento tan singular y entrañable de un blog.



El 4 de septiembre de 1968, el, ya General Galinsoga, le impone la Cruz al Mérito Naval de Primera Clase.



Estas son mis diez Medallas que ya ni cabían en la foto.



El 5 de agosto de 1960 me casé con un Infante de Marina.
Nunca pensé que viviría el resto de mis días con un Boina Verde.

